

— exclamó Dionisia; y, soltando la mano de Adriana, se arrojó violentamente en el sofá, ocultó el rostro entre los cojines y rompió á llorar.

— ¡Está bien! ¿Qué le ocurre á esta chiquilla?
— preguntó la señora de Lebretón, dirigiéndose, muy desconcertada, á Franciscò.

— Nada de particular — contestó Pommeret, — Esta señorita y yo nos encontramos hace poco rato: ella, estaba en lo alto de un árbol, yo, en el camino... Sin duda se ha enojado conmigo porque le oculté mi nombre... La vi morder, con tanto gusto, manzanas verdes, que se me hizo cargo de conciencia amargarle la comida con una noticia desagradable...

SEGUNDA PARTE

I

Rouelles es una villa formada, próximamente, por doscientas casas. Separada de Auberive por una de las montañas más hermosas de la comarca, se levanta en el arranque de un valle y se cobija en el bosque de Montavoir, que la rodea con ceñidor de escarpes cubiertos de arboleda. En un extremo de la única calle del pueblo, y algo apartado del caserío, se yergue el antiguo castillo: edificio rectangular, pesadote, con altas techumbres cubiertas de tejas, precedido por un patio herboso y flanqueado por dos torrecillas agudas:

La casa ofrece pocas comodidades. Las habitaciones bajas son glaciales en invierno y en verano tienen frescura de sótano. Cuando el viento sopla del Oeste, quejido prolongado atraviesa el vestibulo y sube gimiendo por el hueco de la escalera. Los departamentos altos, son más habitables. Los muros, cubiertos por viejos tapices, suelen recibir la visita del sol que va borrando los ya mustios colores de las telas; los lechos con baldaquinos, los macizos armarios de tallado roble, los sillones Luis XVI forrados de cretonas, y los fregos de los entrepaños y de las sobrepuestas dan á esta parte del edificio un aspecto venerable é íntimo que resulta casi hospitalario comparado al que ofrecen las estancias del piso bajo. Desde las ventanas, las vistas no son amables ni rientes: un jardín bordeado por achaparrada olmeda y exornado por bojes recortados en formas piramidales; un parterre con plantas más hojosas que floridas; un huerto lleno de manzanos comidos de musgo, que sólo dan fruto de tres en tres años; luego, una pradera húmeda infestada de llantenes y de ortigas, y, al final, un estanque que toca en los linderos del bosque.

El estanque es triste como la tristeza. Los altos juncos que lo bordean, formándole cinturón tem-

bloroso, crecen espesándose más cada año. El légamo del fondo, da tintes plúmbeos al agua estancada que apenas se vé entre las frondas de las espadañas y las hojas lanceoladas de las sagitarias. Crecen pocas plantas de flor, á causa de la sombra proyectada constantemente por los árboles del bosque: pero, en las inmediaciones, se divisan tallos sombríos de cicuta, troncos nudosos y negruzcos de sauces y dos ó tres alisos cuya rojiza raigambre parece sangrar en el agua cenagosa. En primavera, la fúlica que vive en los juncuales, deja oír al anochecer su canto lastimero; en invierno, graznan bandadas de patos silvestres; en verano, coros de ranas repiquetean sus castañuelas en el fondo de los charcos medio secos. En todas las estaciones, esta laguna traidora y adormecida, que no tiene la limpidez ni los alegres glogloteos del agua corriente, y esta verdura acuática que no posee la lozanía ni el encanto de la vegetación que se desarrolla en tierra firme, impregnan de melancolía malsana este rincón de la selva y detienen impresionando desagradablemente las miradas. En la comarca, al estanque se le conoce por un nombre que está en consonancia con su fisonomía trágica; se le llama *Fuentemala*.

Y, sin embargo, este sitio feo y solitario fué el

que Adriana eligió para pasar la luna de miel, tanto por rencor y despecho hacia la gente de Auberville, cuanto por una especie de ternura egoísta. Quería que Francisco fuese todo para ella; deseaba saborear á gusto, sin molestias de curiosos ó de importunos, esta florescencia de amor que se entreabría tardíamente. La pasión que estalla en mujeres ardorosas y concentradas, como la señora de Lebreton, absorbe por entero el organismo y tiene exigencias más imperiosas por el hecho de haber estado contenidas durante mucho tiempo. Esta langresina, de áspera corteza y corazón de fuego, que vivió siendo moralmente virgen desde la pubertad hasta los treinta y cuatro años, tenía hambre de caricias y de cariño, hambre excitada por diez y ocho años de ayuno. Por lo mismo, no la asustaba el aislamiento de Rouelles; y aun lo hubiera apetecido más grande y más completo, creyendo firmemente que Francisco Pommeret experimentaba, cual ella, el deseo de la soledad de dos en compañía, sin parar mientes en la mueca de disgusto y en la sonrisa forzada del guarda-general cuando por vez primera visitó su nueva residencia.

Adriana, naturalmente, consagró minuciosos cuidados al embellecimiento del vetusto castillo.

Los obreros trabajaron día y noche todo el mes de Septiembre. y si el paisaje en los alrededores continuaba siendo forzosamente el mismo, el interior de las habitaciones había sufrido una transformación afortunada: mullida alfombra tapizaba la escalera, y, por todas partes, veíanse vidrieras dobles, puertas almohadilladas, burlete, biombos y mamparas; se había buscado ingeniosamente toda clase de preservativos contra el frío y contra el viento. Las habitaciones del bajo, aireadas, exentas de humedad, tapizadas y amuebladas de nuevo, con butaquitas bajas y mullidas, con cortinones en todas las puertas, con lindos visillos en las ventanas, y con las chimeneas llenas de chisporreantes troncos de haya, ofrecían aspecto de lujo y de comodidad.

Por san Miguel, después de pasar ocho días en el pueblecito donde residía la familia de Pommeret, los recién casados se instalaron en el castillo. Adriana había instado á su marido para que enviase su dimisión á la Administración forestal, y Francisco accedió sin esfuerzo, estimando que tenía suficiente tarea con la administración de los bienes propios.

Dionisia, como era natural, acompañó á Rouelles á su familia adoptiva. La muchachita se rehizo

prontamente de la impresión que le produjo la broma de Francisco, y, tras algunos días de enfurruñamiento, se dignó hacer las paces.

Después de haberse encabritado ante la idea del casamiento y después de declarar á voz en grito que detestaba á Francisco Pommeret, Montaraz tuvo uno de los cambios radicales propios de su carácter caprichudo, formado por contradicciones, por exageraciones y por bruscas desigualdades de genio. Ahora parecía encantada de verse casi en familia y de jugar á la hijita con los esposos. Su incompleto desarrollo, su traje y sus caricias fogosas daban á sus audacias aspecto de chiquilladas sin consecuencia. A primera hora de la mañana, con impetuosidad de cabra salvaje, se precipitaba en la habitación donde el matrimonio se hallaba acostado aún. Los ojos leonados y muy abiertos de Dionisia, observaban curiosamente las caras de los esposos, muy cerca la una de la otra, en el amplio lecho colgado de cretona antigua. Bruscamente saltaba al cuello de Adriana y se entretenía deshaciéndole las trenzas, modestamente recogidas en la redequilla, y extendiéndolas sobre la almohada; luego, con arranque apasionado, la besaba en la cara, en la garganta y en los brazos. Acostumbrada á aquellos modales poco reserva-

dos, Adriana se reía, pero Francisco experimentaba extraña molestia. A veces, por la noche, después de comer, en la sala semi-obscura, Dionisia acometía directamente á su padre adoptivo y lo fastidiaba de lo lindo, con gran complacencia de la señora de Pommeret, que veía con satisfacción inocente á la rebelde Montaraz humanizarse y tratar poco á poco como amigo al que en un principio miró como intruso. Cuando sentado en el diván se disponía á fumar el joven, Dionisia, de un brinco, se le subía á las rodillas, le quitaba el cigarro de la boca y lo tiraba por una ventana; en seguida, exagerando su manera de hablar infantil, llamaba á Pommeret padrecito, y le decía que no lo dejaría vivir hasta que jurase querer mucho á su hijita y no regañarle nunca. Cuando le arrancaba el juramento, añadía:

— Por haber sido bueno y complaciente te has ganado un abrazo.

Y se colgaba del cuello de Francisco, le tiraba suavemente de la barba y le plantaba dos besos en la cara.

A veces, molesto en demasía, el joven rechazaba duramente á la muchacha y el juego concluía en llanto y en rabieta.

Dionisia pateaba enfurecida, salía dando tremen-

dos portazos y, al día siguiente, no había quien le echase la vista encima. Huía al bosque, desahogaba la cólera vagabundeando en desenfrenada carrera por la selva, con la cual estaba tan familiarizada como los leñadores más viejos. Trababa amistad con los cazadores furtivos, con los zuequeros, con los carboneros y con cuantos forman la población forestal. Almorzaba patatas asadas en el rescoldo de un horno de carbón, y se comía para postre unos puñados de piñones, castañas, bellotas ú otros frutos silvestres de los cuales llevaba siempre repletos los bolsillos, y no volvía á la casa hasta el anochecer, desgñada, con el calzado roto, destrozada la blusa, hecha girones la falda, llevando consigo perfumes ásperos de plantas tronchadas y de hierbas pisoteadas. Y le relampagueaban las pupilas, y la nariz se le dilataba, y en el cimbreo del talle y en los ademanes, tenía algo de faunesa. Dijérase que el salvajismo y las pasiones nómadas de sus ascendientes los leñadores, se condensaban y hacían súbita explosión en ella. Cierta día, se oyó, hacia el lindero del bosque, un galope furioso; luego, de entre los troncos, se vió salir una ternera que Montaraz encontró en un raso y sobre la cual cabalgaba. Agarrándose á los cuernecillos, golpeando con los

talones los ijares de la bestiezuela exasperada, llevando en el traje trozos de ramas de zarzas y de cabrahigos arrancados al paso, atravesó galopando la única calle de Rouelles, mientras los vecinos asustados se llevaban las manos á la cabeza, y se detuvo jadeante, con las mejillas inflamadas, en el patio del castillo, cuando la ternera, enloquecida, rodó sin fuerzas por el suelo.

Al regreso de estas endiabladas escapatorias, se pasaba horas enteras acurrucada sobre un sofá del gabinete, con una mano entre el cabello, semi-entornados los párpados, observando todos los gestos y movimientos de Francisco Pommeret. Éste, molesto por el espionaje mudo y constante de aquella mirada, á veces maliciosa, concluía por sentirse nervioso y por desear que la muchacha tomase de nuevo el camino del bosque, aun á riesgo de verla cometer más tropelías. Con todo, renegando de aquel torbellino que desordenaba la casa y que traía de cabeza á los criados, experimentaba atracción indefinible hacia Montaraz. Encontraba en ella algo de la aspereza de las manzanas verdes que la muchacha mordisqueaba cuando por vez primera la encontró. Seducido y contrariado al mismo tiempo, se ofendía y se alarmaba de aquellos modales demasiado libres y de la